

Encontrando el camino

Hubiera preferido mil veces vivir en la mentira. Hubiera preferido no descubrir nunca que era adoptada, que mis padres me habían elegido entre muchos otros niños, en un orfanato triste, donde pocos tienen la suerte de salir para ganarse la vida. Amaba a mis padres, me parecía tanto a ellos y no podía aceptar que no descendía de ellos. Mi madre seguía diciéndome sin parar que soy parte de la familia y que me amaban, mientras que mi padre estaba callado en el sofá, buscando mi perdón. La noticia me desequilibró mucho: lo único que hacía era recordar momentos del pasado para ver si en algún momento podría haberme dado cuenta de que era adoptada. Al contrario que otros niños adoptados, yo no estaba molesta con mis padres porque no me lo hubieran dicho antes, sino porque me lo habían dicho. ¡Yo jamás habría querido saber eso!

Los primeros días después de la noticia me marché a casa de mi novio, donde nos divertimos sin parar con alcohol y fiesta. Un día me encontré con una amiga del Centro de voluntariado y ella me comentó que tenía planeado hacer un viaje a España, para empezar el Camino de Santiago. No tenía gran conocimiento sobre lo que suponía el Camino pero pensé que sería mejor que emborracharme y amargar la vida a mis padres a causa de mi comportamiento. Como siempre, ellos me apoyaron, aunque estaban decepcionados porque iba a retrasar un año mi graduación. Tuve poco tiempo para preparar el largo viaje para España y para comprar todo lo que necesitaba; el día del vuelo llegó muy rápido y, sin darme cuenta, ya estaba en el aeropuerto, despidiéndome de mis padres, que me pedían perdón con lágrimas y me decían que me querían. No estaba molesta con ellos, solo sentía la necesidad de escapar y de descubrir quién era y cuál era mi camino. En el fondo de mi corazón sabía que ese viaje iba a cambiarme la vida y me ayudaría a encontrar respuestas a todas mis preguntas. Y así empezó mi viaje...

Llegamos muy cansadas a Madrid: después de un viaje tan largo y nos quedamos allí un día para descansar antes de irnos al Norte. Despertamos muy temprano, cogimos las mochilas y nos subimos al autobús: nos esperaba un viaje de otras 8 horas hasta Galicia, la tierra de las gaitas y de las leyendas místicas, que nos recibió con lluvia y niebla en pleno mes de julio. Al principio, me pareció muy difícil, no había pensado que tenía que caminar con esa mochila tan pesada, me dolía la espalda y necesitaba descansar a menudo. Pero mi amiga, me decía

siempre que había que seguir el plan, así que puse todo de mi parte para no ser un estorbo. Caminábamos juntas, pero casi no nos hablábamos, cada una con sus pensamientos, con sus miedos y sus dolores. Al final del día solo deseaba llegar al albergue, sacarme la ropa mojada y los zapatos, comer algo calentito y dormirme. Ya no tenía fuerza para dar más vueltas a mi situación, ya no tenía fuerzas para pensar en mi futuro, solo quería descansar.

Personalmente, Galicia me sorprendía cada día con sus paisajes tan pintorescos, con su aire fresco que me llenaba de fuerzas para empezar de nuevo las caminatas, con el verde de sus bosques y el azul del Atlántico infinito. A mis 20 años no había vivido muchas experiencias, pero desde luego hacer el Camino de Santiago era la más intensa. Me encantaba estar tan cerca de la naturaleza, la vida en el campo me fascinaba y me llenaba de tranquilidad. Parecía que allí el tiempo se había parado, nadie tenía prisa, no se escuchaban los coches, ni había rastro de contaminación. Allí no había rascacielos, sino las casitas de los gallegos, algunas de piedra, algunas de madera, con los hórreos y los huertos de tomates y pepinos, allí habían animales, allí la gente nos saludaba, deseándonos “*¡Buen camino!*”

A pesar del cansancio, cada mañana tenía un deseo inmenso de empezar de nuevo a caminar. Era como si mi corazón estuviera buscando algo, como si al final del Camino algo me estuviera esperando. Mi amiga me miraba y me sonreía cuando le decía lo que sentía: parecía que ella tenía la respuesta, pero no la quería compartir conmigo. Seguimos caminando. Y yo seguí caminando aunque me dolían los pies y la espalda, seguí caminando aunque llovía y hacía frío. Seguí caminando no porque quisiera llegar ya al final del Camino, sino porque mi alma estaba buscando algo y tenía claro que iba a encontrar lo que estaba buscando. Todos los lugares por donde pasábamos eran maravillosos, estaba enamorada de las costas gallegas, de las playas con arena fina y me encantaba el sonido de las olas que se rompían contra las rocas. Tenía la sensación de *déjà-vu*, era como si en otra vida ya hubiera estado allí, aunque los lugares eran nuevos para mí, en el fondo de mi corazón me parecía que los conocía desde siempre. Pero ¿cómo era posible sentir que perteneciera a ese lugar? No entendía esas señales del destino... Empecé a pensar en mi pasado y un millón de preguntas me asaltaron: ¿Quién era yo? ¿Dónde había nacido? ¿Quiénes eran mis padres? ¿Cuál era el nombre que ellos habían elegido para mí? ¿Me habían abandonado? ¿Era una niña perdida, o robada? No sabía si debía investigar mi pasado o simplemente olvidarlo y mirar

hacia el futuro, haciendo como si nunca hubiera descubierto que era adoptada. Quería arrancarme todas esas preguntas y quemarlas para que no me atormentasen nunca jamás. Mi amiga me miraba y no me decía nada, ni una palabra de consuelo, solo me sonreía y me decía lo de siempre *“Todo en la vida pasa por alguna razón”*. Y luego continuábamos con nuestro camino, porque cada día faltaba menos hasta nuestro destino.

El día que llegamos a Finisterre era un día de lluvia y niebla que no se veía nada, el viento soplaba con mucha fuerza y me parecía que solo la mochila impedía que nos llevase volando. Fue imposible hacer el ritual de los peregrinos y no pudimos quemar la ropa y los zapatos que habíamos utilizado durante el viaje. Yo me quedé un rato en la roca, saqué un papelito y empecé a escribir lo que me atormentaba, mis miedos y también mis deseos. Había escuchado que si prendes fuego al papelito luego tus miedos se van y tus deseos se cumplen, así que tenía que intentarlo. Fue difícil prender fuego, pero lo conseguí y miré cómo el papelito se transformaba en cenizas. Luego nos fuimos al albergue, y me quedé dormida enseguida, despertando el próximo día por la tarde: cuando abrí la persiana entró el sol y no podía evitar pensar que todo había cambiado de la noche a la mañana. Mi amiga aún estaba dormida así que decidí subir sola una vez más a Finisterre para admirar las vistas. Llegué rápido, y me quedé impresionada con el paisaje, con las vistas, con la inmensidad del Océano y la tranquilidad que transmitía ese lugar. Me senté en una roca, dejando que el sol me acariciase, sin pensar en nada más. Luego, me levanté y miré las cenizas en el lugar donde la gente quemaba sus papeles con deseos. Entre las cenizas se veían algunos restos de papel y las palabras: “Galicia” y “futuro”. Me parecía una coincidencia inmensa porque aparentemente la palabra “futuro” estaba escrita con mi letra, pero había visto ardiendo mi papelito la noche anterior. No pensé demasiado en eso y me dije que todo era a causa del cansancio. Me quedé un rato más pensando en todo lo que había vivido durante las semanas que habían pasado tan rápido. Al volver, mi amiga me esperaba, así que hicimos las maletas, comimos y luego empezamos a caminar de nuevo: solo nos faltaban unos pocos kilómetros hasta Santiago de Compostela.

Pasando por uno de los pueblos gallegos, vi un jardín con melocotones y, sin pensarlo, me acerqué para coger algunos. En ese momento, un señor salió de la casa y me dijo que cogiera los que yo quisiera, y luego nos invitó a las dos a su casa, llamando a su mujer también. Eran personas amables y hospitalarias, que

vivían de forma sencilla y me transmitían una buena energía. Nos contaron leyendas e historias sobre Galicia y nos invitaron a comer platos típicos. La señora se me acercaba y me miraba con cariño, tomaba mi mano entre sus manos y me decía “hija”. Yo no estaba muy acostumbrada a muestras de cariño por parte de extranjeros, pero como vi que estaba feliz, intenté sonreírle y dejé que me acariciase, pensando que tal vez nunca había tenido hijos y por eso se comportaba así. Al final, nos convencieron para pasar la noche allí y nosotras aceptamos porque nos gustaba mucho la idea de estar con gente local y crear ese tipo de recuerdos, al fin y al cabo el Camino no era solo un camino espiritual sino también cultural.

Al entrar en la habitación sentí de nuevo el extraño *déjà-vu*, como si yo ya hubiera estado allí en algún momento. Era una habitación vieja y llena de recuerdos, de fotos, de cuadros, y olía mucho a lavanda. Ese olor me parecía muy conocido, aunque yo estaba segura que en mi casa nunca habíamos puesto esa flor. Mi amiga se quedó dormida como un tronco, pero yo no pude cerrar los ojos en toda la noche, y me quedé en la silla, intentando descifrar todo lo que sentía. Por la mañana debía de estar un poco dormida, cuando la señora entró, vino hacia mí y me dio un beso en la frente, diciéndome “¡Buenos días, hija mía!” Me desperté y parecía que su beso me había quitado todo el cansancio. Después del desayuno, tuvimos que despedirnos y me costó muchísimo decirles “adiós”. Nos abrazaron mientras lloraban y la despedida me emocionó hasta lágrimas. Era como si estuviese dejando una parte de mí en esa casa y no entendía por qué sentía eso.

Ese mismo día llegamos a Santiago. Hacía un día maravilloso, con sol, la Plaza estaba llena de peregrinos y la catedral se veía impresionante. Nos quedamos allí, en frente de la catedral, recordando las experiencias del Camino. Luego, nos fuimos al Parque de la Alameda para admirar por última vez el atardecer en las tierras gallegas. Con un suspiro en el alma, pensé si algún día volvería a Galicia y si volvería a ver a aquellos señores. Luego nos marchamos.

Al subirme al avión empecé a llorar sin saber la razón. Cuando ya estaba más tranquila, quise sacar el diario de la mochila y, de repente, vi un paquete: no entendía lo que era ni cómo había llegado allí. Lo abrí y enseguida me di cuenta de que la señora me lo había puesto allí. Eran fotos de una niña de casi 3 años y el diario de la señora donde escribía cada 17 de septiembre, cuando era el cumpleaños de la niña. No entendía nada, la señora hablaba de una niña perdida y no sabía por qué me había dejado eso a mí. Al final del diario había una fecha

distinta, era la fecha del día en que nosotras llegamos a su casa. Con el corazón latiendo fuertemente, empecé a leerla:

Nuestra querida Ana,

Sabía que Dios nos ayudaría encontrarte y no te puedo explicar la alegría que sentimos cuando te vimos entrando en nuestra casa. Valió la pena sufrir tanto porque verte de nuevo es lo único que hemos deseado y hemos esperado toda la vida. Eres más hermosa y más buena de lo que te habíamos imaginado.

Creo que tus padres están muy orgullosos de ti. Entiendo que el destino no quiso que fuéramos nosotros tus padres, pero nos alegramos que por unas horas te haya puesto en nuestro camino. Estoy segura de que tú también sentiste la llamada de la sangre, aunque no supiste muy bien porque sentías eso.

Si algún día quisieras volver, aquí te esperaremos, para que abras una vez más la puerta de nuestra casa, con los brazos llenos de melocotones, tal como lo hacías de niña, tal como lo hiciste ayer. No estés triste, preciosa nuestra: sonríe porque aun estando a miles de kilómetros de nosotros, tu sonrisa siempre nos alegrará el día y el recuerdo de tu voz siempre nos llenará de felicidad.

Te amamos,

Papá y mamá

.....

Epílogo

Nunca pensaba que un deseo escrito en un papelito se haría realidad. Ese día de lluvia en Finisterre, pedí al destino que me ayudase a encontrar mi camino.

El día que les conté a mis padres lo que había descubierto, preguntándoles si me iban a acompañar de vuelta a España, me abrazaron llorando y diciéndome que me seguirían hasta el fin del mundo. El día que cogí el vuelo rumbo a Santiago sentí que, por fin, sabía quién era y a qué lugar pertenecía.

El día que abrí la puerta de la pequeña casita situada en la costa, mis padres estaban sentados esperándome. Me acerqué a ellos, los miré y, con la voz temblando, les dije: ¡Mi camino ya ha acabado, he vuelto a casa! ¡Bienvenida, hija y que Dios te bendiga!